

**RGM**

**1996**

**“Schola Caritatis”**

**LA COMUNIDAD COMO ESCUELA DE CARIDAD**

Dom Vianney, Oita

**LA UNIDAD DE LA COMUNIDAD :**

**LA FAMILIA DE DIOS**

Hna. Augustine, Butende

**LA UNIDAD EN LA ESCUELA DE CARIDAD**

Dom Amandus, Tegelen

**EL CAMINO DE LA CONVERSIÓN :**

**HUMILDAD, CONOCIMIENTO DE SI MISMO Y BUEN CELO**

M. Benedict, Berkel

**LA PEDAGOGIA EN LA ESCUELA DE CARIDAD**

M. Geneviève-Marie, Échourgnac

**PEDAGOGÍA EN LA ESCUELA DE CARIDAD :**

**LA COMUNICACIÓN EN NUESTRAS COMUNIDADES**

Dom Isidoro, Huerta

**UNOS "MEDIOS" AL SERVICIO DE LA ESCUELA DE CARIDAD**

Dom Yvon, Oka

# LA COMUNIDAD COMO ESCUELA DE CARIDAD

*Dom Vianney de Oita*

Cuando entré en el monasterio desconocía completamente la espiritualidad cisterciense y sus objetivos. Me hice la siguiente reflexión: Los monjes de esa comunidad viven según la Regla de San Benito y son personas inteligentes que transmiten las tradiciones de San Bernardo. Por esta razón, aunque yo no sé nada de la espiritualidad o de los objetivos de la Orden, y no estando totalmente convencido de mis propias motivaciones o porque me siento llamado a la vida cisterciense, los monjes me enseñarán estas cosas y podré llegar a aprenderlo de ellos. En verdad, este deseo mío se ha concretizado: los monjes me han instruido y aprendí de ellos. Puse en práctica lo que aprendí, la manera de poder llegar a ser un miembro activo de la Orden que vive según la Regla de San Benito.

Más concretamente, lo que me enseñaron, lo que aprendí de ellos es que la nota característica de la espiritualidad cisterciense consiste en la comunidad entendida como Escuela de Caridad, y que, en el interior de la misma comunidad corresponde a Cristo un papel determinate. Aprendí también que el objetivo de la vida cisterciense es el de vivir los votos monásticos mediante la observancia de la regla de San Benito. Para alcanzar este objetivo buscamos crear un estilo de vida cristiana que armonice las exigencias de la mente y del cuerpo mediante la plegaria y el trabajo manual.

Por otra parte, en una sociedad como la del Japón, que lleva a las espaldas la fuerte tradición budista, incluso nosotros, cristianos, no quedamos inmunes de la cultura y de las tradiciones que nos circundan. Cuando los monjes budistas asumen el sacerdocio, sus motivaciones y su objetivo son muy claros: dan este paso en la esperanza de superar los sufrimientos de la vida presente y evitar crear otros en el futuro. Con otras palabras, creen que actuando de esta manera, no solo podrán evitar el sufrimiento de este mundo mediante sus prácticas, controlando las pasiones mediante el dominio de la voluntad, sino también el sufrimiento del mundo futuro, a través de sus asceticismos y renunciaciones, hasta poder llegar a alcanzar un estado de iluminación espiritual. Para llegar a este estado de iluminación, el novicio budista dedica mucho tiempo, muchos esfuerzos y energías, peregrinando a pie por todo el país buscando un maestro válido. En la mayor parte de los casos, la formación del novicio comienza y progresa en un modo personal y directo, mediante la relación personal entre el discípulo y su maestro. Corresponde al maestro juzgar cuándo el discípulo ha llegado, si ha llegado, a un grado suficiente de iluminación espiritual. Del mismo modo, si el discípulo no quedase satisfecho de su maestro, puede abandonarlo libremente y empezar de nuevo a buscar un maestro más experimentado y más profundamente iluminado en el campo espiritual. Al margen de la elección concreta del propio maestro, la formación espiritual requiere la obligación de que maestro y discípulo convivan juntos, al menos en determinados períodos. Por esta razón, el fenómeno de la vida comunitaria es común tanto a la tradición budista como a la cristiana. Sin embargo la vida comunitaria según la tradición budista difiere de la cisterciense en cuanto la primera esta basada en la formación espiritual, mientras que la cisterciense está centrada en la Escuela de Caridad.

Considerando el hecho que nos encontramos en un ambiente permeado de budismo, hemos de resistir la tentación de concebir nuestra vida religiosa en términos de formación espiritual o de esfuerzo para vernos libres de los sufrimientos de la vida de este mundo. Nosotros, miembros de este monasterio de fundación más bien reciente, hemos de tener presente este riesgo. No pocos aspirantes a la vida monástica se han presentado aquí movidos por el deseo de purificarse y de huir de la realidad del mundo presente. Reconocen que son pecadores y deciden entrar en el monasterio solamente porque quieren dedicar toda su vida a expiar sus pecados. Sin embargo, la vida monástica es una Escuela de Caridad, en la cual cada monje lleva su propia cruz en unión con todos los demás, motivado por el deseo de seguir las huellas de Jesucristo.

Si no tenemos muy clara en la mente la idea de que la comunidad ha de ser entendida como Escuela de Caridad, se corre el peligro de considerar la vida monástica como una ocasión para la formación personal. Cuanto más conscientes somos de ser pecadores, más se presenta la tentación de querer superar nuestras debilidades y romper las cadenas de nuestros pecados por medio de nuestra ascesis personal y nuestra formación espiritual, sin contar con la ayuda y el apoyo de los demás. Según esta interpretación equivocada de la vida religiosa, el tema de la formación individual prevalece por encima de cualquier otro, y, en consecuencia, se corre seriamente el riesgo de perder el equilibrio entre oración y trabajo manual. La formación religiosa, basada en semejante presupuesto egocéntrico, lleva a creer que no tenemos necesidad de los otros miembros de la comunidad. Por esto se corre el peligro de irnos marginando de los demás monjes, a causa de la falsa convicción de que los demás no pueden ni comprendernos ni aceptarnos. Un planteamiento tal lleva fatalmente a encerrarnos dentro de nosotros mismos, y restringe y limita de modo notable los horizontes mentales del monje.

Para evitar una concepción tan estrecha de la vida monástica, conviene tener presentes algunos puntos fundamentales. El primero y el más importante consiste en darse cuenta que la vida monástica depende verdaderamente de la comunidad, entendida como Escuela de Caridad. Es en el interior de la comunidad-Escuela de Caridad donde cada uno de los monjes aprende a conocerse perfectamente. Conocerse, significa también aceptarse y hacerse aceptar por los demás. Hemos de conocernos tal como somos y aceptarnos tal como somos. El religioso, para alcanzar la humildad, es necesario que se enfrente con la realidad de nuestra manera de ser de cada uno. Se descubre nuestro modo de ser auténtico no evitando los sufrimientos sino al asumirlos y combatirlos. Es precisamente en este campo donde Dios se revela con su gracias, que se manifiestan a través de esta conciencia. Para aquellos que reconocen lo que son en realidad, nuestra Regla enseña que la vida monástica, entendida como Escuela de Caridad no tiene límites ni término: «Con el progreso en la vida monástica y en la fe, ensanchado el corazón, con la inefable dulzura del amor, se corre por el camino de los mandamientos de Dios. De este modo, sin desviarnos jamás de su magisterio y perseverando en su doctrina en el monasterio hasta la muerte, participaremos en los sufrimientos de Cristo con la paciencia, para que merezcamos compartir también su reino» (Prol. 49-50).

Para un joven monje que se encuentra en los comienzos de su vida monástica, las varias observancias y la corrección fraterna pueden ayudarlo naturalmente a comprender que la vida monástica consiste en la comunidad entendida como Escuela de Caridad. En particular, observar el silencio y practicar el ayuno y la abstinencia, para no citar sino dos prácticas consideradas típicas de la vida cisterciense, constituye una óptima ocasión para seguir el ejemplo de Cristo, que se retiró al desierto para luchar contra las tentaciones del diablo, durante cuarenta días y cuarenta noches, antes de iniciar su vida pública. El religioso que se retira al desierto siguiendo el ejemplo de Cristo, testimonia de hecho su pertenencia a la Iglesia. El religioso trata de imitar el ejemplo de Cristo en su propia vida para participar en su misión. Una de las características de la misión de Cristo consiste en su obediencia total al Padre. Ésto queda reflejado en la obediencia total que debemos al Abad: todo lo que el monje hace, lo hace por su obediencia al Abad.

Ver la realidad exactamente en su dimensión propia constituye una de las tareas más arduas y difíciles para todo ser humano. Para poder ver de un modo claro la realidad, es necesario poseer un espíritu bien preparado y atento. Se podrían reformular las palabras del Señor: «Ama a tu prójimo como a ti mismo» (Mt 19,19), diciendo: «Mira a tu prójimo como te miras a ti mismo». Ver de esta manera una persona, una situación o una cosa, no quiere decir dar rienda suelta a la fantasía, sino conocer estas realidades como son realmente. Sólo de esta manera podremos responder de manera adecuada a las exigencias de nuestros hermanos. Después de haber entrado en el monasterio he aprendido, ante todo, a aceptarme a mí mismo, en el interior de la Escuela de la Caridad. Ahora me encuentro en la etapa de aprender a ver y a aceptar a los demás en su verdadera realidad, de modo semejante como trato de verme y aceptarme como soy.



# LA UNIDAD DE LA COMUNIDAD : LA FAMILIA DE DIOS

*Hna. Augustine de Butende*

Cuando recibí la invitación para preparar esta conferencia me embargó la perplejidad. Se trataba ciertamente de un interesante reto, sobre todo teniendo en cuenta mis límites. Sin embargo, el trabajo de preparación me ha servido como estímulo para mi propia renovación y estoy segura de que el Espíritu Santo ha tenido que trabajar duro. La acción del Espíritu Santo en la Iglesia de hoy nos estimula y nos anima.

La expresión: «La Iglesia como familia de Dios» aparece quince veces en el mensaje final del reciente Sínodo Africano, más aún, constituye su verdadero tema. El Santo Padre declaró: «El Sínodo ha terminado, pero ahora el Sínodo debe comenzar en la Iglesia, en las familias y en las comunidades cristianas». Además, el Papa subrayó el hecho que la misma palabra **Sínodo** significa «caminar juntos». En nuestras comunidades distribuidas por todo el mundo, ¿cómo realizamos hoy, nosotros cistercienses, este «caminar juntos»?

Estoy segura que los participantes en el encuentro del RAFMA el año pasado en Latroun estarán de acuerdo conmigo que tuvimos la ocasión de experimentar un auténtico espíritu de familia y que no podemos olvidar la hospitalidad cisterciense.

Ciertamente, nosotros, africanos, poseemos un fuerte sentido de pertenencia. Me pregunto cómo este don de la pertenencia es vivido y puesto en práctica en nuestras comunidades. A este propósito podría ser útil recordar los signos constitutivos o síntomas de una auténtica familia:

- Cada persona se encuentra a gusto; no hay extraños en la familia.
- Todo rezuma amor y solidaridad.
- Todo se desarrolla con espíritu de cooperación (prescindiendo de los conflictos menores que no faltan nunca).
- Todo se organiza en torno a la co-participación y el diálogo - cada miembro se encuentra activamente comprometido en el trabajo de construir y desarrollar el bien común de la misma familia.

Me parece oportuno, antes de continuar, decir alguna cosa a propósito del «tribalismo», que el diccionario define de la siguiente manera: «1. La organización, cultura o creencias de una tribu. 2. El sentido de la propia identidad que da cohesión a una tribu». A menudo se habla de tribalismo como de un obstáculo a la unidad de una comunidad. ¿Pero es realmente así? Recuerdo que, desde mi entrada en el monasterio, todos los documentos de las visitas canónicas contienen este tipo de observaciones: «Vuestra comunidad debería dar gracias continuamente al Señor porque en ella no hay huellas de tribalismo», atribuyendo obviamente un sentido negativo a la palabra «tribalismo». ¡Si alguna vez el espectro del tribalismo, en sentido de espíritu de prejuicio, de animosidad o de rivalidad, se dejase ver en nuestras comunidades, lo daríamos como pasto de las cobras!

## CONFIANZA RECÍPROCA

La confianza en sí mismo (junto con la confianza en Dios) es un elemento fundamental. Puede suceder, de hecho, que algunos miembros de nuestras comunidades se comporten como si fuesen incapaces de hacer algo. Tenemos personas que, a veces, son totalmente dependientes (y no estoy hablando aquí de ancianos o de enfermos). Esta forma de dependencia, fruto de la falta total de espíritu dinámico e de iniciativa, a menudo es causa de desánimo para la superiora. Al mismo tiempo, las superioras se arriesgan cada vez que han de nombrar a algunas hermanas para determinadas funciones. Yo creo que una hermana que se siente insegura o incapaz de aceptar una función, debería en todo caso tratar de llevarla a cabo, incluso corriendo el peligro de cometer errores, manteniéndose en su puesto con ánimo esforzado. Una función difícil no es necesariamente una función imposible.

Una hermana dotada de espíritu de fortaleza encontrará la fuerza necesaria para continuar siempre de frente, no obstante los obstáculos que puedan surgir, con el fin de salvar la situación concreta para bien de su comunidad. En concreto, ¿qué sucede muy a menudo? Sucede que la hermana encuentra la oportunidad de beber el mismo cáliz del Señor, el cáliz del sufrimiento. Siempre se encontrará quien diga: «Déjala sufrir, en el fondo se lo ha buscado», demostrando así que esta persona no se siente capaz de encararse con la realidad y reaccionar como está tratando de hacer la hermana criticada.

## **¿QUÉ PROMUEVE U OBSTACULIZA LA CONFIANZA RECÍPROCA?**

El amor, la confianza, la disponibilidad para escuchar son elementos que contribuyen a la confianza recíproca. La confianza es siempre un riesgo, en cuanto abrirse a los demás significa efectivamente declarar: «Heme aquí, confiada e indefensa ante ti». San Benito nos invita a revelar a nuestro padre/madre espiritual incluso las tentaciones secretas que experimentamos. No es fácil. Una auténtica comunicación no puede tener lugar si no en un clima de confianza recíproca. A veces se dice que los africanos son de índole particularmente cerrada. ¿Será verdad ésto? ¿No será más bien que los africanos tratan de crear este espíritu de confianza y por esto, a veces, han de preocuparse del problema de la discreción? En nuestra infancia y adolescencia, muchas de nosotras hemos aprendido (o nos han condicionado) a evitar relaciones de confianza y de intimidad. Manifestar nuestros propios sentimientos era algo negativo, que convenía evitar. Hablar abiertamente de nuestro estado de ánimo era considerado como poco conveniente. Se debía mantener la debida distancia respecto a los ancianos y las personas que ejercían la autoridad.

La confianza recíproca encuentra obstáculos en cambio en los prejuicios, en el temor y en la maledicencia, mientras que el amor y la disponibilidad ayudan a construirla. Es del todo normal que una hermana tenga dificultad en confiarse; existe el temor que lo que se dice de manera reservada pueda ser proclamado desde los tejados de la casa. («Quien revela los secretos, pierde el crédito» (Sir 27,16); «La lengua es fuego, es un mundo de iniquidad... ningún hombre ha podido domar la lengua» (Sant 3, 6.8). Hablar mal de los demás, difundir noticias es causa frecuente de amarguras; se puede arruinar la reputación de una persona, el trabajo mismo se resiente. San Benito nos recuerda que cuando se habla con abundancia no se puede evitar el pecado.

### **LA VERDAD EN LAS RELACIONES - LA TOLERANCIA QUE PUEDE SER VIVIFICANTE O DESTRUCTIVA**

«Y vosotros, ¿hasta cuándo ultrajaréis mi honor, amaréis la falsedad y buscaréis el engaño? (Sal 4,3). Cada día repetimos este salmo, al final de la jornada monástica.

La verdad en las relaciones reclama la renuncia al egoísmo, la constancia, la comprensión, el perdón, la sinceridad y el valor de comenzar de nuevo cada día. Sobre todo, la verdad exige que me acepte tal como soy. La verdad en las relaciones es algo muy positivo: da alegría, invita a cantar, y a veces causa tristeza. Es una invitación constante a reflexionar sobre el por qué ciertas cosas suceden. Por esta razón, la verdad debe ser vivificante.

¿Qué es lo que puede poner obstáculos a la verdad en las relaciones, transformándolas en realidades destructoras? La falta de humildad, el echar siempre la culpa a los demás, la falta de sensibilidad y la inseguridad. Quizá lo más destructor el es miedo, el miedo a abrirse, el miedo a ser uno mismo, el miedo a tomar en serio a los demás, el miedo de aceptar que podría aprender algo de los demás. ¿Y qué decir del miedo de que, si acepto el reto del diálogo abierto y sincero, quizá me verá llevado a modificar mis puntos de vista y mi comportamiento? El miedo fomenta la maledicencia, la mala educación, los chismes, los prejuicios y las sospechas. ¿Estoy dispuesta a exponerme en la desnudez de mis límites personales, de mis debilidades y de mi pobreza, a dejarme ver de los otros tal como soy y no simplemente como quisiera que me vieran?

La tendencia a inculpar a los demás es uno de los grandes enemigos de la verdad en las relaciones. Mientras proyectamos la culpa sobre otras personas o circunstancias, no podremos asumir la necesidad de criticarnos y la exigencia de la conversión personal cada vez se hace más débil y remota. Si dedicásemos el tiempo que normalmente empleamos para hablar de los demás, a hablar personalmente con los demás, sin duda la vida comunitaria funcionaría mejor y con gran beneficio para todos.

### **TOLERANCIA Y APATÍA**

¿Quién podría sobrevivir en un monasterio sin una buena dosis de tolerancia? Hay momentos en que esta paciencia está sometida a dura prueba, a causa de la falta de sensibilidad. El hecho es que la vida comunitaria nos mantiene en estrecho contacto con los demás. Nos encontramos en el refectorio, en la iglesia, en el «scriptorium» y en el trabajo. El carácter propio de cada uno, la índole y el temperamento, la historia y las preferencias personales, son factores que han de ser tenidos en cuenta cuando se trata de la vida comunitaria. Si los otros son capaces de soportarme, ¿no debería yo tratar de soportar a los demás? Además existe también una forma negativa de tolerancia, fruto de un silencio hecho de miedo e incomodidad. Este problema se da de modo particular en relación con las personas que

ejercen alguna forma de autoridad en el monasterio. Esta falsa tolerancia puede nacer también de sentimientos de hostilidad, de aprensión o de mero respeto humano.

¿Qué se puede decir además de la apatía y de la falta de interés y de empeño personal? Estos sentimientos no son ni deseables ni constructivos. ¿Y si los que tienen el derecho y el deber de salvaguardar la armonía, el buen orden y el bienestar general de la comunidad prefieren buscar la propia comodidad, callando en lugar de expresar sus deseos y sus opiniones, y renuncian a corregir los errores cuando es necesario? ¿No se trata quizá de una negligencia, sea cual sea su motivación profunda, que se convierte en invitación a perpetuar situaciones negativas? No se trata aquí de un amor por la paz y por la serenidad que nace de la tolerancia en sentido positivo. Thomas Merton tuvo ocasión de comentar: «Señor, sálvame de dos tipos de amigos: de los que te reprenden siempre y de los que nunca te reprenden». Los sistemas cerrados se revelan normalmente dañosos.

## PERDÓN Y RECONCILIACIÓN

¡Nos hallamos en la escuela de la divina misericordia! Donde predominan las emociones, puede faltar el espíritu de comunicación. El que no ha experimentado la muerte y la resurrección no puede comprender la vida comunitaria.

Se ha dicho que es difícil perdonar, pero, al mismo tiempo, que pedir perdón es más difícil todavía. Resulta más fácil acercarse al sacramento de la reconciliación que pedirnos perdón recíprocamente en comunidad. «Perdonad y seréis perdonados», dice Jesús. Si no se posee el espíritu del perdón, se cae muy fácilmente en la trampa de la hipocondría y de la esquizofrenia, como en otros muchos disturbios físico-psíquicos.

En su forma más elevada, el perdón busca establecer una relación recíproca, un vínculo de unión. Quien practica el perdón está preparado para repetir setenta veces siete, sin temer que se le tome por tonto ni considerarse un héroe. No obstante la cantidad y la naturaleza de las culpas y de las ofensas recibidas, quien perdona queda convencido que el hermano es mucho más bueno de lo que parece.

El perdón es un gesto de gran humildad. Es discreto y dulce, si se lleva a cabo sin hacerlo pesar sobre la persona perdonada. Hablando de mi experiencia directa, el hecho de que he sido aceptada para permanecer en el monasterio hasta la muerte es la prueba segura que vivo gracias al corazón lleno de perdón de mis hermanas. Por esto estoy convencida que la tutela de la unidad entre las hermanas depende del esfuerzo sincero y recíproco de todas para dar y recibir la reconciliación.

Con el fin de eliminar las espinas del escándalo en la comunidad, las hermanas no han de dar lugar a la ira; en caso de contraste o desacuerdo, han de esforzarse para restablecer la paz lo antes posible (Const. 15). Para decirlo con la máxima sinceridad: si no existe el espíritu de perdón, es muy fácil caer víctima de tres pecados capitales de la vida monástica, que el Abad General ha comentado durante la última reunión del 1993: **activismo, individualismo e inconstancia**. Quien cae víctima de estas tres tendencias, fácilmente nutren resentimiento hacia las otras hermanas, y caen en la depresión y en el malhumor.

«Confesaos los pecados unos a otros, y rezad unos por otros, para que os curéis» (Sant 5,16). Si me encuentro en la angustia por el hecho de tener que confesar repetidamente los mismos pecados, debería preguntarme si pienso que el sacramento de la reconciliación me ofrece la garantía de no volver a pecar nunca más. No es por casualidad que San Benito impone al Superior la recitación del **Padre nuestro**, mañana y tarde, a Laudes y Vísperas, dos veces al día.

## LA ARMONIZACIÓN DE LAS DIFERENCIAS Y LA CURA DE LAS HERIDAS

Tal como nos dijo el Abad General en 1993: «Cada uno de nosotros es un peregrino hacia el absoluto, compañero de las alegrías y de las tristezas de los demás, testigo de la iglesia monástica y del Reino que viene». Nos enriquecemos mutuamente, pero a veces sucede también que somos causa de tristeza para los otros, especialmente cuando se trata de divergencias de opinión, dado que somos humanos y no olvidamos fácilmente lo que se nos dice o se nos hace. Nuestra unión y nuestra unidad podrán continuar solamente si practicamos aquel amor que cubre una multitud de defectos.

La falta de abertura, las diferencias de opiniones, la insensibilidad, son algunas de las posibles causas de agitación en la comunidad. ¿No os ha sucedido nunca haber participado en

una reunión en la cual algunos participantes se han limitado a escuchar pasivamente, para lamentarse después que no se les invitó a contribuir en algo en las decisiones que se tomaron?

Cada una debería expresar la verdad como la percibe, escuchar con atención a las demás - incluso cuando son pesadas y poco instruidas -, porque también ellas tienen sus derechos y sus convicciones. Si adoptamos la postura de estar habitualmente en desacuerdo con las demás, se cae fácilmente en la trampa de la vanidad y de la amargura. Siempre existirán personas que serán más o menos importantes que nosotros mismos. «Sé tu mismo» es un consejo sabio y práctico.

Una real sensibilidad es la base del diálogo y de la perfecta caridad. «Tratad a los demás como queréis que ellos os traten», como nos ha enseñado Jesús. La herida causada por la insensibilidad por su misma naturaleza pide mucho tiempo para cicatrizar, precisamente porque de tanto en tanto se abre de nuevo.

¿Y las diferencias de opinión? Un ejemplo frecuente es el del **cambio**. La vida no es una realidad estática, aunque a veces una comunidad puede serlo. Sucede que algunos miembros oponen resistencia ante cualquier tentativa de cambio en el estilo de vida, porque no quieren encararse con las dificultades y tensiones que comporta cualquier variación. A menudo se dice: «¿Qué efectos tendrán estos cambios en nuestra vida? ¿Es en verdad justo concluir diciendo, como hacen muchas religiosas, que la tensión es, de por sí, algo perjudicial? El cambio exige humildad, valor y fortaleza - y si estos valores no están presentes o no son suficientemente fuertes, fácilmente pueden aparecer posturas negativas, como la estrechez mental y lo que yo llamo reumatismo espiritual, que efectivamente paralizan a aquellos que las han contraído. Si no se mueve con toda la comunidad (es decir, seguir el flujo general), la religiosa muy fácilmente se demuestra de mal humor, irritable, se pone a la defensiva y la sospecha la domina. En tal situación cualquier tipo de cambio viene considerado como una provocación o una amenaza. ¿Cuántas veces empezamos a discutir para terminar descubriendo que, en realidad, no había motivo para discutir?

¿Estamos decididas y dispuestas para enfrentarnos con las otras? El tema del conflicto es extremadamente complejo para la mayor parte de las personas que viven en comunidad. Muchas monjas no aprenden nunca como encararse con el conflicto, y así lo conciben siempre y exclusivamente en clave negativa. Por el contrario, cuando una comunidad comienza a resolver eficazmente los conflictos, se emprende decididamente el camino hacia el valor de la cohesión, y el sentido de la comunidad llega a ser cada vez más profundo. Cuando un grupo socio-religioso alcanza la cohesión, se descubre el sentido de la confianza recíproca y de la alegría fraterna, y al mismo tiempo se es más capaz de tomar decisiones.

## LA ALEGRÍA DE LA VIDA EN COMÚN

Verdaderamente, la capacidad de alegrarse con las propias hermanas, de manera espontánea y profunda, cada vez que obtienen algún éxito, y de participar en su dolor cuando fracasan u obtienen algún fracaso, todo eso significa que he llegado a ser hermana en el sentido más profundo de la palabra. El amor une. Si se tratase de ser simplemente «compañeras», las victorias y las derrotas de las otras me dejarían relativamente indiferente. Al límite podría llegar a tener celos de sus éxitos y alegrarme de sus fracasos.

Baste pensar, por ejemplo, en los parientes o amigos entrañables. A veces pueden hacer algo que nos molesta o que no aprobamos, pero a pesar de todo permanecemos unidos estrechamente con ellos. Allí donde el amor es auténtico, automáticamente sabemos distinguir entre la persona amada y las acciones que realiza. De este modo, nos parece normal continuar amándola, aunque no aprobemos de hecho el modo como se comporta.

Para algunos, el ideal supremo es llevar una vida sin "stress" y sin tensiones. Es verdad que el "stress" a niveles altos y la tensión constante pueden causar daños a la salud físico-mental del hombre. Pero, al mismo tiempo, pienso que una vida sin preocupaciones sería muy aburrida, y, a fin de cuentas, sin significado.

San Bernardo describe nuestras dificultades cotidianas como:

- cargadas de pecado
- agravadas por nuestro cuerpo mortal
- sumergidas en preocupaciones mundanas
- embriagadas de deseos carnales
- ciegas, deformadas, enfermas

enredadas en un complejo de errores  
indefensas ante mil peligros  
espantadas por mil temores  
perplejas ante mil dificultades  
sujetas a mil incertidumbres  
y aplastadas por mil exigencias.

En medio de estas pruebas, San Bernardo nos ve sin fuerzas suficientes de parte nuestra; queda sin palabras ante el triste destino humano, si no viniese ayudado por la misericordia divina. Pero precisamente todo esto nos estimula a orar, o al menos debería suscitar en nosotros el deseo de orar ; en el fondo, es ésta la respuesta que Dios espera de nosotros: «Sin mí no podéis hacer nada».



# LA UNIDAD EN LA ESCUELA DE CARIDAD

*Dom Amandus de Tegelen*

La invitación del Padre General a decirnos unas palabras me ha llenado de satisfacción, señal de falta de humildad. Sin embargo, me parece que esto estaba implícito cuando me lo pidió: sin falta de humildad nadie puede aceptar un límite de tiempo de 10 a 15 minutos para desarrollar un tema tan amplio como el de la unidad, incluso si lo reducimos al perdón y a la reconciliación, integración de diferencias y cura de heridas. Felizmente me queda todavía un poco de sentido común que me dice que tengo que concretar el tema.

Quiero hablaros, en esta primera parte, precisamente de la **disposición de perdonar**. Nunca subrayaremos bastante la importancia y el lugar de esta disposición dentro de la estructura espiritual.

Y, en segundo lugar: cómo y por qué sucede que ciertas diferencias puedan destruir el desarrollo de la unidad.

Solamente la disposición de perdonar puede abrir el camino de la cura y de la unidad.

El Evangelio, la predicación de Jesús, da un lugar preferente al perdón, pero no tanto al pedir perdón, a confesar sus faltas, a dar satisfacción de obra, cuanto a estar dispuestos a perdonar,

La disposición a perdonar es el tema del diálogo entre Pedro y el Señor. ¿Cuántas veces he de perdonar? La respuesta, a pesar del estilo oriental, es clara: sin limitaciones. En la oración "Padre Nuestro que estás en el cielo", el Señor habla, más bien, en nuestro estilo. Después de "Danos hoy nuestro pan de cada día" añade a continuación: "perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden". Danos hoy, perdónanos hoy -siempre, cada día- como también nosotros perdonamos -siempre, cada día.

Sobre el tema del perdón, de la disposición a perdonar, Jesús ha propuesto diversas parábolas.

La parábola del dueño que perdona al siervo despiadado. La parábola del hijo pródigo, que es la del padre que perdona, del hijo que recibe el superabundante perdón y del hijo que no quiere participar en la fiesta del perdón.

La historia de la pecadora que lavó los pies al Señor, ha dado mucho y, por esto, se le ha perdonado mucho. Es una lección para el huésped. Y, para terminar, la historia de la mujer adúltera.

¿Existe otro tema tratado tantas veces?

Esto no debe sorprendernos. En el fondo, la Santa Biblia, la historia de la salvación, es una historia de perdón. Desde el principio, Dios está siempre dispuesto a perdonar. El perdón marca la diferencia entre la historia de los ángeles y la historia de los hombres. La redención por Cristo está basada en el perdón. Dios nos ha amado, dice San Pablo, cuando éramos pecadores. Amar es estar dispuesto a perdonar y deseoso de perdonar, de ser el primero en dar los primeros pasos hacia un perdón perfecto y completo por parte del otro. No nos asombremos de que Jesús haya prestado tanta atención al perdón, a la importancia que tiene el papel del perdón en la historia de la salvación.

Jesús no nos narra historias edificantes sino la realidad de su propia vida. Se puede incluso decir: que nos cuenta su propia defensa personal. Come con los pecadores y por esto se le critica.

Jesús conocía las resistencias internas contra la contrición, el testimonio, la conversión; pero conocía también la resistencia interna contra el perdón.

Antes de hablar de esta resistencia interna, quisiera decir algo sobre las **diferencias**.

Las diferencias en la naturaleza, en la creación de Dios, la diversidad, la variedad, son quizás el elemento más notable de la obra de Dios. Toda esta riqueza alaba al Creador.

Al nivel del hombre, existen diferencias de toda clase: sexo, temperamento, cultura, coeficiente intelectual, de habilidad... etc.

En el plano de la religión y de la espiritualidad, un hombre puede poner más el acento sobre la experiencia que sobre la revelación: estar más marcado por la verticalidad que por la horizontalidad, más apegado al dogma o más inclinado a la devoción: puede estar fuertemente marcado por el derecho canónico, la liturgia, la escatología, la historia, el contexto social, por el interés hacia las visiones, apariciones y profecías o por la fenomenología de los signos sacramentales. Estas diferencias pueden ser riquezas para la comunidad, que quiera ahondar en su unidad.

No quiero tratar aquí de estas diferencias desde el punto de vista de la personas en sí, ni desde el punto de vista en que se presentan sus preferencias, forma agresiva o angustiada, emocional o razonada, acogedora y comprometida o provocativa y reprobadora, ni desde el punto de vista de la fuerza, de la motivación, de la doblez, del celo intempestivo de estas personas. No quiero tampoco hablar en concreto sobre estas concepciones.

Lo que tengo muy claro, mi único objetivo, es **el otro** que defiende estas diferencias, que no quiere dejarse enriquecer, que no acepta las diferencias, los puntos de vista que no sean el suyo propio. En él encontramos nuestro tema: la importancia de la disposición a perdonar.

El Señor ha hablado de pecados imperdonables: los pecados contra el Espíritu Santo.

Existe, además, un pecado imperdonable: el pecado contrario a la justicia de los que se creen justos y -evidentemente- no lo son. Hablamos de la enfermedad de los "justos" que declaran imperdonable cada ofensa, cada ataque, cada amenaza contra su pretendida justicia.

¿Quién está libre del bacilo de esta enfermedad?

Existe en nosotros una fuente que nos da la certidumbre de nuestra justicia. Interiormente, tenemos la certeza de que Dios ve la cosas como nosotros las vemos; vemos la creación, la redención, la religión, la santidad, todas las cosas de Dios con los ojos de Dios. Defendemos denodadamente nuestro territorio teológico. El que amenaza, sacude violentamente esta convicción, como un pecado imperdonable contra nosotros y por eso, contra Dios.

En el catálogo de diferencias existen bastantes posibilidades de amenaza y conmoción de esta falsa convicción nuestra de equilibrio espiritual, estabilidad en la virtud, madurez y perfección de nuestro edificio teológico ¡por no hablar de nuestra ortodoxia!

La "enfermedad de los justos" es un gran peligro para la unidad. Este peligro, de orden subjetivo, es más grave que las diferencias objetivas cualesquiera que sean.

Esta enfermedad crea una situación que es nefasta para la comunidad, y más todavía para la persona que no quiere o no puede perdonar este pecado contra él. Por una parte -es preciso decirlo- cada uno tiene necesidad de certidumbre, de respeto de sí mismo, pero la enfermedad de los justos va empujando su certidumbre hacia una fuente oscura, difícil de descubrir y de desenmascarar y, por otra parte, se le cierran todas las vías y todas las posibilidades de cambio.

En esta situación, la única salida, el único remedio directo es el perdón; perdonar el pecado imperdonable. Al principio quizás a regañadientes, sin saber que es el camino de la humildad, el comienzo vacilante del largo camino de la humildad.

El perdón es la apertura, la llave, en psicología como en teología: verdaderamente el perdón del pecado imperdonable, es la llave de la salvación.

Aplacando su hambre cada día, siempre, con el pan disponible, en el momento preciso, hay que perdonar cada día, especialmente, al mismo tiempo, el pecado imperdonable contra sí. Es un beneficio para sí, para su curación, y para la salvación de la comunidad.

Perdonando así, nos ponemos a la altura de Dios.



## EL CAMINO DE LA CONVERSIÓN : HUMILDAD, CONOCIMIENTO DE SI MISMO Y BUEN CELO

M. Benedict THISSEN de Berkel

Al hablar del camino de la conversión, San Benito evoca el símbolo de la *escala que apareció en sueños a Jacob, por la que vio bajar y subir a los ángeles. Aquella escala erigida es nuestra vida en este mundo. Los largueros de esta escala decimos que son nuestro **cuerpo** y nuestra **alma*** (RB 7, 5.6.8.9)

Leyendo el capítulo segundo de la Regla, me causa impresión el hecho que San Benito subraya que la tarea principal del Abad es la *dirección de almas y el servicio de temperamentos muy diversos; y según el temperamento e inteligencia de cada uno, se conforme y amolde a todos de tal modo que, no sólo no tenga que lamentar ninguna pérdida en la grey que tiene confiada, sino que pueda alegrarse del aumento del buen rebaño. Y tenga por cierto que en el día del juicio deberá dar cuenta al Señor de tantas almas cuanto es el número de hermanos que sabe que tiene bajo su cuidado, añadiendo sin duda la de la suya propia*. En los versículos 31-39 el concepto de «dirigir almas» aparece seis veces.

San Benito dirige toda nuestra atención hacia la totalidad de la persona.

Cuando uno entra en el monasterio lleva consigo toda su historia: su evolución personal hasta ese día, su carácter. Entra con sus emociones y sus sentimientos, que están en gran parte condicionados por sus padres, por su familia y por su ambiente social. Entra con sus aspiraciones, sus ideales y sus heridas que le han alienado de sí mismo. Entra con él todo su subconsciente, el bien y el mal, con lo que recuerda y lo que ha olvidado, con sus traumas y su impotencia cuando era incapaz de reaccionar de un modo adecuado.

Todo este bagaje entra con él en el monasterio, no deja nada a la puerta. Este bagaje determina su conducta en la comunidad, sus relaciones en la comunidad, sus reacciones en comunidad. Todo esto constituye la vida terrena de este hombre, la escala descrita por San Benito que recibe su forma del cuerpo y del espíritu. Éste es el material y el sujeto del camino de la conversión.

Cuando uno entra en el monasterio busca inconscientemente el paraíso perdido, la familia ideal y el lugar que le corresponde en esta familia ideal. Se proyecta la imagen del padre y de la madre sobre los miembros de la comunidad. Se reflejan sus traumas en las relaciones con los hermanos o con las hermanas.

En nuestras comunidades tenemos muchas personas que sufren a causa de una imagen negativa de sí mismos, que suprimen o rechazan sus sentimientos, que se niegan a desarrollar sus talentos y dones naturales para refugiarse en una espiritualidad de índole puramente intelectual, sin relación con sus sentimientos y su realidad interior; que se ciñen a observancias, que no les llevan a la apertura de su mundo interior, sino que bloquean esta apertura. ¡Cuanta angustia existe en nuestras comunidades, que se esconde en lo posible, o que se proyecta contra los demás, porque los demás evocan esa angustia!

Todo esto es el sujeto y el material para la conversión.

El camino de la conversión no se sitúa en el nivel moral, donde se corrige la conducta externa, sin entrar en relación con nuestras emociones y sentimientos reales, sin vínculo con nuestra alma.

Este camino no se sitúa en el nivel puramente psicológico, en el que se trata de resolver de manera intelectual problemas de conducta.

Este camino no se sitúa a nivel social, que exige una adaptación al ambiente externo, que favorece el individualismo, porque lo que importa es el buen funcionamiento del grupo, sin tener en cuenta la vida interior.

¿En qué consiste, pues, el camino de la conversión? La conversión presupone un cambio de dirección, un dirigirse al propio interior, a todo lo que pasa y se conserva en nosotros, para escuchar con paciencia y atención. Convertirse es escuchar la vida con perseverancia, la vida real de nuestra experiencia; es llegar a ser conscientes de nuestros deseos y sentimientos reales, es bajar a aquel espacio tan extenso, a aquel palacio de mis recuerdos, que me conduce a Aquél que me creó, como dice San Agustín en las Confesiones (8,12).

Es el camino hacia el hombre real, el hombre único que soy yo y que yo puedo llegar a ser, para responder a mi vocación. Es recuperar del olvido los momentos y períodos de mi vida en los cuales yo comenzaba a reaccionar como un yo irreal, a suprimir mis sentimientos y mis ideas, a alienarme de mí mismo para sobrevivir, cuando perdía el contacto con mi alma, con la imagen de Dios en mí; todo esto es un camino de humildad profunda.

Sólo se puede recorrer este camino con la luz de la fe, con la frágil certeza de que estoy haciendo lo que Dios me pide y que no existe otro camino. La luz de la intuición me dice que este camino me conducirá, por encima de la inoperancia y de la incertidumbre, hasta la imagen de Dios que está presente en mí, hasta el amor de Dios que el Espíritu Santo ha derramado en nuestros corazones.

Este camino de humildad es practicable sólo si existe una fuerte relación afectiva con el guía espiritual. Una relación afectiva que es un don y que no se puede crear artificialmente. Porque es necesario superar tantas vergüenzas, dudas, miedos y desconfianzas en relación con nosotros mismos antes que estemos preparados para atrevernos a admitir y a comunicar todos aquellos recuerdos dolorosos, toda aquella carga de negatividad, todas las obsesiones locas, todas las fantasías; pero también todas las experiencias de luz y todas las llamadas de parte del alma y de Dios. Se aceptan todas estas realidades ante los ojos del alma sólo cuando se han podido confiar a otra persona.

El lenguaje del cuerpo es aquí muy importante. Muchos desequilibrios y enfermedades físicas son expresiones del alma, que quiere que se la escuche. Estas son señales de nuestro mundo interior, que expresan lo que está escondido ¿Podemos hoy comprender el lenguaje del cuerpo?

Jesús comprendía el lenguaje del cuerpo. Él curaba el alma, y el cuerpo podía renacer. O bien dejaba que perdurara la enfermedad como espina en la carne de San Pablo, para revelar en él la gracia de Dios. Los síntomas somáticos tan frecuentes en nuestras comunidades, ¿no deberían invitarnos a un mayor conocimiento de nosotros mismos, en lugar de sentirnos condenados a soportarlos o a consultar mucho a médicos y a seguir terapias clínicas?

¿No podría ser que la invitación de San Benito de soportar *con la mayor paciencia las debilidades, tanto físicas como morales*, haya de entenderse como una exhortación a dejar crecer el trigo junto con la zizania en el campo del alma?

Creer en la humildad significa habitar cada vez más consigo mismo, con todo lo que vive en uno mismo, y reconciliarse con ello. Es un proceso de transformación a todos los niveles de la personalidad, también el del subconsciente. Entonces puede acontecer lo que decía Jesús a Nicodemo: que el hombre debe renacer.

El conocimiento de sí mismo va aún más allá. Reconoce los dones, los talentos, las invitaciones a una vida humana completa, para glorificar así a Dios. Asume la responsabilidad de ser en efecto **este** hombre.

El buen celo se esfuerza por restaurar los vínculos con todo aquello que el yo interior desea manifestar. Utiliza la *lectio* como una lectura de su propia vida. Por la *lectio* nos hacemos disponibles a dejarnos tocar, ya sea en el cuerpo o en el alma, abiertos a la intervención de Dios en lo más íntimo de nosotros mismos, y a todo lo que nos revele de nosotros y de Sí mismo. Se esfuerza por escuchar todas las relaciones en el seno de la comunidad y todo lo que a ésta llega, como mensajes de Dios, como invitaciones al conocimiento de sí mismo. Este celo crea espacios para los demás en la comunidad, establece límites y habla de ellos, apelando a una auténtica experiencia interior.

El celo malo en cambio abusa de la vida comunitaria, de las relaciones, de las observancias, haciéndose ciego a todo lo que en ella se revela y suprimiéndolo. Se queda en la superficialidad, para no tener que enfrentarse con la vida interior y el caos que le alterarían. Abusa de la vida monástica resistiendo a la vida interior, conservando la alienación, impidiendo la conversión que se daría a través del Soplo de Dios que se cierne sobre el caos para provocar una vida nueva.

El camino de la conversión insiste en la integración de todo lo que vive en nuestro interior. Una integración también de la *lectio*, de la oración, del trabajo, del silencio y de la palabra, para ayudarnos a escuchar al **alma** con el oído del corazón.

¿No es necesario dar más importancia a los sentidos y al cuerpo en la liturgia, en los símbolos y en el arte, para comprender los signos (cf. S. Juan)? ¿No es preciso dar más espacio en nuestra vida a la creatividad en las cosas terrestres, al color, la materia, la naturaleza, para escapar de nuestras elucubraciones cerebrales sobre la vida monástica y de nuestras construcciones especulativas, que nos alienan de nosotros mismos y nos impiden comprender la voluntad de Dios? Nuestros primeros Padres cistercienses pueden enseñarnos muchas cosas en este sentido, y hemos de descubrirlas en sus escritos. Acabaré con una cita sacada de Guillermo de S. Thierry: «*En la escuela de caridad las soluciones no se encuentran a través de razonamientos, sino gracias al conocimiento intuitivo, mediante la verdad misma y la experiencia*» (*Hæc est specialis caritatis schola;... (hic) solutiones non ratiocinationibus tantum, quantum ratione et ipsa rerum veritate et experientia terminantur. De natura et dignitatis amoris, n. 31*).



# LA PEDAGOGIA EN LA ESCUELA DE CARIDAD

## LA FORMACION ADECUADA A LA CULTURA Y A NUESTRO TIEMPO

Madre Geneviève-Marie de Echourgnac

Hacer una labor pedagógica en la Escuela de caridad es:

- \* interesarse por una **persona** capaz de dejarse enseñar,
- \* buscar los medios adaptados al fin perseguido,
- \* poder verificar, por medio de criterios muy precisos, que esos medios son buenos,
- \* conducir a esta persona al pleno ejercicio de su **libertad** por el compromiso definitivo.

Ese programa no puede realizarse mas que en un tiempo y una cultura determinados.  
Ello comporta :

- una pedagogía inicial
- una pedagogía de transformación

### I - UNA PEDAGOGIA INICIAL

El que se presenta en el monasterio hace gala de una fuerza interior que le llevó a dejar una familia, un trabajo..., a llamar a la puerta del monasterio, y pedir entrar para cambiar de vida. El pedagogo está llevado a considerar en primer lugar esta fuerza del "*noviter veniens*", antes de discernir las motivaciones de los actos decisivos que acaba de hacer. Hay que decirlo, existe, al comienzo de una vida monástica una fuerza, un empuje que hay que tomar en consideración. S. Benito aconseja incluso medir la intensidad y la duración llevándola hasta el máximo. ¿Cómo? ¡Por el rechazo!... Y si el término parece un poco fuerte, solo es el eco de la negación que aparece desde este primer versículo del capítulo 58 de la Regla: "*No se concederá fácilmente la entrada al que venga como novicio para **cambiar** de vida", « para **tener** la verdadera vida, la eterna» (Pról. 17)*

Este primer rechazo puede parecer hoy día bastante simbólico pero no es raro que al recién llegado se le haga esperar más o menos tiempo para que crezca su libertad de elección.

El primer gesto verdaderamente pedagógico, la primera acción educativa está, por lo tanto, en esta barrera que hay que franquear. Es la primera experiencia de purificación que debe hacer el recién llegado: entrar por la puerta de la humildad, del aguante, de la paciencia... porque la puerta de una escuela de caridad no puede ser más que una puerta estrecha. La calidad y el acierto de este primer contacto me parecen importantes. Hay ya aquí una forma decisiva e impactante para un comienzo de vida nueva, una pedagogía inicial, se podría decir. Desde el comienzo hay que hacer la prueba probando. El recién llegado es llevado a profundizar su propio interrogante, a dejar tal vez su seguridad, a acrecentar su deseo íntimo de seguir a Aquél que le llama. Este primer rechazo es como el golpe necesario para hacer que vibre el corazón y detectar las resonancias del alma.

### 1. UNA PEDAGOGIA DE DOCILIDAD

#### \* La experiencia del rechazo

Esta pedagogía inicial es una pedagogía de acomodación. Es incómoda para el discípulo, y más aún para el maestro que tiene la responsabilidad de adaptarla a la persona. Este debe ejecutar su primera intervención con amor, pues sólo el amor puede "adaptarnos" a la persona de Jesús. También debe mirar de un modo positivo y desinteresado al que viene y que lleva en su corazón el Misterio de Dios que le habita y le llama por su nombre. Respecto al recién llegado, debe aceptar ser recibido no con una efusión ciega y poco constructiva, sino por un acto purificador que comienza a hacerle discípulo del Maestro manso y humilde de corazón.

Esto contrasta con la mentalidad de hoy que da una importancia ciega a la afectividad. Esta afectividad, parte esencial del ser humano, deberá ser reeducada.

El novicio se encuentra pues conducido desde el comienzo de su vida monástica a descubrir que la escuela del servicio del Señor es una escuela de caridad donde no puede sentirse de golpe en sintonía con ella. Pues esta escuela de Amor le atrae y él se escapa porque esta es la obra de Dios; ella sostiene en pie por su dimensión trascendental sobre la cual se apoya la debilidad humana; ella habla del Misterio de la alianza entre lo que tiene de divino y lo que permanece pobre y pecador<sup>1</sup>.

#### \* La experiencia de la distancia

Tras la experiencia del rechazo viene la experiencia de la distancia. El acoplamiento necesita de distancia espacial y temporal. *"Estará unos días en la hospedería. Después se le llevará al noviciado donde meditará, comerá y dormirá"*<sup>2</sup> Esta distancia puede provocar en el recién llegado una decepción, pues la sociedad actual cultiva la inmediatez en el consumo, en el goce, reduciendo las distancias hasta la fusión, e incluso la confusión. Es en este lugar separado, el noviciado, y dando tiempo al tiempo, como se probará atentamente la determinación que mostró al pedir el ingreso.

Esta distancia tomada en relación al lugar y al tiempo va acompañada también por una distancia respecto de la actividad, de las responsabilidades y de las relaciones. El recién llegado deberá aprender a sufrir y a vivir estas rupturas de un modo consciente<sup>3</sup>.

El que persiste en llamar para cambiar de vida, deberá persistir viviendo (en sentido literal, pues se le lleva a una casa), en la distancia y en la espera, trabajando activamente para conocerse, por medio de los diversos grados de la verdad, hasta que su petición esté bastante madura y sea conforme con la escuela de la caridad.

#### \* La experiencia de la necesidad de la gracia.

- *¿Qué pides?*

- *La Misericordia de Dios y de la Orden.*

Pedir la Misericordia es un gesto elocuente de parte del que ha perseverado hasta entonces. Esto presupone el camino de descenso en sí mismo que la distancia y el tiempo han permitido...con la ayuda del formador. Esto supone las súplicas dirigidas al Salvador.<sup>4</sup> Esto también supone el descubrimiento de la compasión como base de las relaciones fraternas.

#### \* Un Anciano y la Regla

Para realizar este descenso hacia la profundidad, la pedagogía inicial propone como medios "un Anciano" y "la Regla".

S.Benito describe el pedagogo de la escuela de caridad como el que es *"apto para ganar almas"* ¿Podríamos, tal vez, traducir hoy esta expresión por: "apto para la relación", una persona que dé e inspire confianza, que sepa vigilar y despertar a la vez?

Junto al Anciano, inseparablemente, está la Regla. El anciano *"apto para ganar almas"* debe ser también "apto para hacer amar la Regla". La lectura repetida de este texto formará parte de esta pedagogía de acoplamiento y será como un espejo comparativo, un medio de transformación y de verificación.

## 2. UNA PEDAGOGA DE OBSERVACION Y DISCERNIMIENTO

La pedagogía de la Regla concede mucho espacio a la observación y al discernimiento: *"Que examine con cuidado si el novicio busca de verdad a Dios"*.

---

<sup>1</sup> "Este tesoro lo llevamos en vasos de barro, para que se vea que esta fuerza viene de Dios y no de nosotros." (2Cor. 4,7)

<sup>2</sup> Regla de S.Benito 58,5.

<sup>3</sup> Como lo subraya el P.Armand VEILLEUX: *"Saber sufrir este paso es de una importancia capital para el resto de su vida monástica...Sería un grave error llenarle sus primeros días con muchas actividades para tenerle ocupado al postulante."*(Reflexiones sobre la formación monástica, Boletín de AIM, 1995, nº59, p.28).

<sup>4</sup> El maestro espiritual debe inducir al discípulo a gritar a Cristo Salvador. El novicio debe necesariamente descubrir por propia experiencia la necesidad de la Gracia. (P.Charles DUMONT, Sagesse ardente -Sabiduría ardiente-, p.308)

### \* **Ad quid venisti?**

La prueba del comienzo, el trabajo del sufrimiento permiten sondear el corazón: ¿dónde tiene sus raíces el deseo del recién llegado? En el desierto que recorre, comienza a hacerse la pregunta crucial que resonará en cada etapa de su vida: "*Ad quid venisti?*" Esta cuestión debe alcanzar las profundidades de la persona, hasta la fuente de su ser, como una sonda que, descendiendo, atravesara las máscaras, y pasa por la criba las dimensiones de la persona: memoria, voluntad, afectos... El pedagogo sigue este descenso, y el novicio, por la apertura de su corazón, intenta describirle la trayectoria inédita y dolorosa que acontece en las profundidades de su ser. Normalmente, en los mejores casos, uno y otro acceden a este tesoro: Dios murmura un nombre único y espera la respuesta de una libertad. Sólo al final del descenso el maestro y el discípulo pueden autenticar la búsqueda de Dios. Entonces experimentan algo del gozo y de la paz que sobrepasa todas las cosas: la certeza de que es verdaderamente Dios el que ha impulsado al discípulo a venir y a perseverar en su petición.

### \* **El celo**

Pero buscar a Dios en esta Escuela de Caridad debe todavía manifestarse por medio de criterios precisos: un celo "*en el servicio de Dios, en la obediencia y en las humillaciones*".<sup>5</sup> Es este celo (y S. Benito no se contenta con hablar de simples disposiciones o predisposiciones) el que poco a poco configurará al novicio.

## **II UNA PEDAGOGIA DE TRANSFORMACION**

Consentir en dejarse educar, es consentir en recibir su FORMA, es decir, su figura cisterciense propia, su imagen-semblante a Dios. Ahora bien, la Forma es Cristo que, tras el Himno a los Filipenses, teniendo condición divina, tomó el aspecto de esclavo. Es con El con el que hay que conformarse para ser transformado, participando de su Gloria tras haber tomado parte en su abajamiento.<sup>6</sup>

### **1. CRISTO: FORMA, FORMADOR, PEDAGOGO**

Nuestras Constituciones reconocen bien que todos los medios necesarios para vivir y permanecer en la Escuela de Caridad "*no son técnicas humanas, y no pueden aprenderse de maestros humanos*" (C. 45,2) ¿Por qué? porque dan la prioridad a la experiencia de Fe, fundada en Cristo y el Evangelio que sobrepasa toda cultura. Esta no es un obstáculo para el monacato porque éste la cruza de parte a parte, aunque él mismo es una realidad vivida en el interior de una cultura.<sup>7</sup>

Esta mirada profunda no puede hacerse ni enraizarse más que en la Resurrección de Cristo que sobre pasa el tiempo, el lugar, las modas y las culturas. Me parece que existe cierta analogía aquí con la frase de Pascal: "*El hombre supera al hombre*"<sup>8</sup>

Esta pedagogía de transformación, si quiere ser "adecuada", respecto a la cultura y a nuestro tiempo, podría poner el acento sobre la **Kénosis**.<sup>9</sup> Creo que para las novicias de las

---

<sup>5</sup> "Humillaciones" se entiende como la humildad del corazón ante las circunstancias que desconciertan.

<sup>6</sup> "*Transformamur cum conformamur*": esta expresión me parece que es la clave de la doctrina de S. Bernardo sobre la formación. (C. DUMONT, *Sagesse ardente*, p.318)

<sup>7</sup> Cf. Dom A. VEILLEUX, *Culture et monachisme (Cultura y monacato)* (Reunión Regional Mixta Canadiense, agosto 1992, Anexo 6)

<sup>8</sup> La Madre Jean Marie lo dijo muy claramente el año pasado, desde el comienzo de su conferencia en la Región Canadiense: "*Pienso que una formación adecuada a la vida cenobítica, en relación a nuestra cultura y a nuestro tiempo, no sería tan distinta de la de siempre porque, en esencia, es cuestión de profundidad que es una constante invariable.*" (Reunión Regional Mixta Canadiense, agosto 1995, Anexo 5)

que estuve encargada, vivir este aspecto del Misterio de Cristo, era a la vez el esfuerzo más necesario y el más costoso. Pero el novicio no puede comprometerse en este esfuerzo mas que si el Maestro y la Comunidad le acompañan en el camino del despojamiento.

## 2. LA KENOSIS DEL DISCIPULO

¿Por qué la Kénosis? Porque ella es el camino abierto por S.Benito: "*Participaremos por la paciencia en los sufrimientos de Cristo, para ser admitidos en su Reino*" (RB, Pról 50). Sólo hay que hacer entrever esto al aspirante, pero sin ocultárselo.

¿Por qué aún? Porque este es el camino que siguieron nuestros Padres. "*La primera lección en esta Escuela de Caridad, será Jesús Crucificado, lección que durará toda la vida.*"<sup>10</sup>

El joven que entra en el monasterio es puesto en contacto con un ambiente de formación que le permite poco a poco comprender que le es necesario llegar a vaciarse y hacerse tan obediente como Dios llegó a serlo por él, y al mismo tiempo llegar a tener en cuenta su exaltación: no solamente las pasiones que hundan profundamente sus raíces en su corazón, sino también todo lo que él ha acumulado por medio de la cultura ambiente, pues es sobre todo de esta cultura de post-modernidad de la que está impregnado, esta cultura de la que ahora se distancia para hacer una elección aprendiendo a considerarla a la vez como una compañera y como un adversario.

### \* Enfrentado a la simplicidad

Se enfrenta a la simplicidad, al despojamiento. Pasar de frecuentar los ídolos del tener, que son: el dinero, el confort, el consumo,... a un estilo de vida sobrio, ordinario, elemental, puede provocar un choc.

La kénosis le permitirá realizar este desplazamiento desde el tener al ser.

### \* Enfrentado al sufrimiento

Está enfrentado a lo que tiene sabor a sufrimiento: la obediencia, la paciencia, la renuncia a la propia voluntad bajo todas sus formas, que le parecen intolerables, porque la cultura ambiente rechaza la cruz y todo lo que es negativo (accidente, enfermedad, incomodidad, conflicto...)

### \* Enfrentado a la oblación

Está enfrentado a la oblación. Aprende a no buscar lo que es útil para sí, sino para los demás. Ahora bien, nuestra época proclama la exaltación del individuo en la búsqueda de su placer, de su sentimiento, de su bienestar. El único pecado será no autosatisfacerse.

Sólo renunciando a esta facultad de gozar, es como podrá ofrecerse en cada instante a Dios, y al otro.

En este combate real que hace daño ¿no es necesario animar al discípulo a dejarse despojar, a decir simplemente a Dios: "*Señor, toma mi espíritu y mi voluntad, y purifícalos*", e invocar la dulce mano de María?

## 3. LA KENOSIS DEL MAESTRO

Más que ningún otro de la Comunidad, el P.Maestro es conducido a vaciarse de sí mismo

\* para interiorizarse

\* para escuchar y decir una palabra

\* para discernir

---

<sup>9</sup> El término KÉNOSIS se refiere a la encarnación de Jesús (Flp.2) que ha asumido todo lo humano para divinizarlo. Expresa el fondo de nuestra consagración monástica.

<sup>10</sup> P. Charles DUMONT, *Sagesse ardente*, p.275

no solamente lo que debe decir a cada uno, sino también lo que le pueden pedir; para escoger el momento en que hay que esperar y en que hay que exigir.

Vaciándose de sí mismo es como llegará a desarrollar sus facultades de comprensión, de adaptación, de creación, pues es imposible dilatar el alma de otro si no dilatamos la nuestra. Para transmitir la vida, antes hay que experimentarla.

#### 4. LA KENOSIS DE LA COMUNIDAD

La comunidad no podrá ser formadora mas que si acoge para transmitir lo que ella ha recibido y que viene de más allá de sí misma. Para que la vida circule libremente de un miembro a otro hay que tener corazón de pobres, forjados largamente en la ruda labor de la escucha de la Palabra, de la obediencia mutua y del perdón. La transmisión que comprende este dar-recibir pasa por la kénosis.

La comunidad que acoge se enfrenta:

- \* al ser extraño del otro
- \* al cuestionamiento del otro
- \* a su propia fragilidad

¡El joven viene de un mundo tan diferente del suyo! El trabajo de la kénosis será dejar los aprioris, intentar comprender, dar confianza, reconocer los valores y los límites de los jóvenes y de su cultura.

En fin de cuentas, esta acogida, esta transmisión conducen a una caridad fraterna llevada a su punto culminante en la ceremonia de la profesión donde el joven profeso canta su "suscipe" por tres veces, y la comunidad le responde enseguida.

Podemos acogernos unos a otros porque antes hemos sido acogidos por Dios. Esto es lo que se proclama en cada profesión: "*Recíbeme en la Escuela de la Caridad*", se podría decir. Y para significar que esta Escuela no es una colectividad anónima, sino una comunión de personas, de pecadores perdonados, unidos a Dios y entre ellos, el nuevo profeso se arrodilla delante de cada miembro de la comunidad, le pide que ore por él y lo abraza. La kénosis del discípulo y la kénosis de la comunidad conducen a la Comunión. El nuevo profeso puede entonces llegar a ser hermano de todos los hombres, sin distinción de tiempos y de culturas.



# PEDAGOGÍA EN LA ESCUELA DE CARIDAD : LA COMUNICACIÓN EN NUESTRAS COMUNIDADES

Dom Isidoro de Huerta

El tema sobre el que me han invitado a hablaros, a saber, **la comunicación en el momento actual de nuestras comunidades**, se encuadra no sin razón en la pedagogía que se realiza en la escuela de caridad que constituyen nuestras comunidades. Pero como todo pedagogo puede ser bueno o malo. Por eso dependerá mucho de cómo entendamos y vivamos la comunicación a la hora de valorar su buena o mala pedagogía conducente a la caridad.

## ¿NOS COMUNICAMOS?

Parece algo obvio esta pregunta, pero la verdad es que no todos opinamos lo mismo. Al ser esencial en nuestra vocación tanto la vida de silencio y oración como la vida comunitaria, no nos debe extrañar que siempre encontremos una cierta tensión a la hora de afrontar el tema de la comunicación. Palabra y silencio, relación con Dios y con los hermanos, son los dos carriles por los que avanzamos en nuestra vida monástica en pos de Cristo.

¡Claro que nos comunicamos!, basta con echar un vistazo a los informes de las casas de Poyo 93 y ver cómo en la gran mayoría de ellos se expresaba un *mea culpa* por la demasiada comunicación verbal. Pero bien sabemos que el problema no está en hablar o guardar silencio, sino en saber comunicarnos, tanto con la palabra como con el silencio. El Abad General recordaba a la RE el año pasado que hay comunidades muy bulliciosas en las que no hay comunicación, y hay comunidades muy silenciosas con una verdadera comunión. El equilibrio se presenta como el punto de mira tras el que nos debemos encaminar.

Se ve la necesidad, por consiguiente, de reflexionar sobre lo que es para nosotros la comunicación, cómo lo hacemos, qué comunicamos, si **nos** comunicamos o simplemente comunicamos, qué dificultades encontramos y qué es lo que nos ayuda.

## QUÉ ENTENDEMOS POR COMUNICACIÓN

Cuando hablamos de comunicación quizá no siempre coincidamos en sus contenidos. En seguida nos viene a la mente el diálogo; un diálogo que desde el Concilio tanto ha cambiado la fisonomía de nuestras comunidades en sintonía con los tiempos que nos toca vivir. Pero bien sabemos que la comunicación es mucho más que la expresión verbal. Son los gestos, las actitudes, las posturas, los comportamientos que pueden ser percibidos por el otro y contienen un mensaje. Es, por lo tanto, una relación interpersonal.

Nuestro estilo de comunicación tampoco se ve libre de la influencia de los medios de comunicación social, que nos informan rápidamente sobre todo lo que sucede, sin dar tiempo a reflexionar, y fomentando un tipo de sociedad superinformada pero superficial, donde hay hombres que se sienten islas, necesitados de que se les escuche y acoja personalmente.

Esto hace que no pocos jóvenes cuando entran en nuestras casas lo hagan experimentando un deseo sincero de compartir su mundo interior. Sin embargo, debemos tener en cuenta que en una cultura eminentemente sensorial, este aumento en el deseo de comunicarse tiene una peculiaridad: se realiza sobre todo desde el sentimiento, la afectividad o la emotividad. Es una necesidad de expresar lo que se siente, al mismo tiempo que encontrar en el apoyo del otro un sostén que antes podía hallarse más fácilmente en el propio interior, en los valores aceptados y asumidos, y que en la actualidad están en crisis. Es quizá por esto que hoy se constata más la necesidad de dialogar o simplemente de hablar, viéndose el silencio por los más jóvenes como una imposición no siempre entendida. Necesitan tiempo para descubrir la comunicación como expresión de comunión.

D. Ambrosio Southey decía hace unos años, hablando de la juventud actual en nuestros monasterios, que se aprecia en ella un interés grande por la oración, pero necesitado también de un proceso purificador. Con frecuencia se constata que muchos jóvenes lo que de verdad buscan, consciente o inconscientemente, son experiencias o manifestaciones sensibles de Dios o de lo sobrenatural. En otras palabras, se buscan a sí mismos y no a Dios. Algo parecido podríamos decir con relación a la necesidad de comunicación. También ésta necesita

purificarse para que no quede en un simple deseo de evasión o compensación afectiva en un mundo hostil, "sintiendo" la acogida de los otros, su compañía y apoyo, en lugar de un darse a sí mismo y acoger al otro por sí mismo.

La comunicación es dar algo de sí y recibir algo del otro para compartirlo. Pero no podemos transmitir nada si antes no hemos entrado dentro de nosotros, y en nuestro santuario nos hemos comunicado con nosotros mismos y con el espíritu del Señor que en él habita. Si en nuestras comunidades no se vive en el amor y desde el amor, no podrá haber verdadera comunicación. Con frecuencia gastamos energías en buscar formas aptas de comunicación sin ir a lo esencial, sin tener antes claro qué comunicar. Si esto falta, nuestros métodos y reflexiones no serán más que un precioso traje puesto a un ser abominable: espanta al que se acerca. Y quizá en nuestra ceguera nos sigamos preguntando cómo es posible, si el envoltorio era tan bello.

Cuando nuestra comunicación brota desde el amor, entonces la comunidad se vive no sólo como medio para la santificación personal, escuela donde nos ejercitamos en la propia caridad, sino como verdadera presencia del amor de Dios que nos hace uno en él. Es entonces cuando se realiza la comunicación "a tres", siendo el tercero no ajeno a nosotros, sino en nosotros. Cuando sólo buscamos nuestro perfeccionamiento, y más aún si no lo buscamos, desaparece la auténtica comunicación con el hermano (salida de sí y acogida del otro), quedando desfigurada nuestra relación con Dios. Lo más que se da es "sufrir pacientemente al otro", tratar de enmendarlo, intentar hacer prevalecer nuestra opinión, etc., pero nunca habrá diálogo y comunicación auténtica desde un espíritu de fe.

Nuestra unión con Dios es previa a la comunión con los hermanos, aunque en esta comunión se realiza y crece dicha unión. Esto mismo nos permite comunicarnos con los demás con la solidez y libertad de nuestra comunión con Dios, esto es, sin depender de la reacción positiva o negativa del otro, sino trascendiéndola, pudiendo hacer así posible lo que en ocasiones puede resultar imposible. Es fruto de lo que tanto hablan nuestros Padres, amar a Cristo en el hermano a pesar de las manifestaciones poco atractivas, es vivir la sacramentalidad de la comunidad como el cuerpo del Señor, el Cristo total. No es posible entrar en comunión-comunicación verdadera con Dios si no nos abrimos a la comunión con los hermanos, sacramento de su presencia y de nuestra unión con él. Por eso el vivir en comunidad nos da la gran ventaja de poder contrastar la veracidad de nuestra comunión con Dios.

Así, nuestra comunicación con los hermanos es expresión de nuestra "comunicación" de amor y amistad con Aquél que nos ha convocado a vivir juntos su misterio de amor. En esta relación hay algo que nos supera, que hace de nosotros pedagogos aún sin pretenderlo, el espíritu del Señor que nos hace descubrir su amor incluso en las actitudes negativas de los hermanos, impulsándonos a poner amor donde no lo hay, en lugar de sucumbir ante la manifestación negativa del otro, fruto de su mal momento interior. Visto así la comunicación ya no es cosa de dos, sino de tres, como ya he dicho. El que transmite, el que recibe y el espíritu del Señor que ilumina al uno y al otro. Es entonces cuando somos capaces de comunicar de verdad más allá de la coherencia o exactitud de lo que expresamos.

En la medida en que una comunidad se abre generosamente a esa dinámica de fe, y habla de ello abiertamente, sin falsos rubores, en esa medida crece en una verdadera comunicación, más allá de las formas acertadas o desacertadas que tenemos. Todos tenemos derecho a errar, a fin de cuentas es nuestra condición, pero no tenemos derecho a sucumbir negándonos a ver las cosas con espíritu de fe, negándonos a albergar al Señor en el seno de la comunidad.

De hecho la comunicación va más allá de las formas de comunicación. Puesto que es vida, conviene que la distanciamos de su envoltorio, si bien sabiendo que no puede prescindir de él. ¿Qué quiero decir? Cuando descubrimos y aceptamos que nosotros no somos nuestras manías y sentimientos que surgen en nosotros y que no podemos fácilmente dominar, entonces conseguimos objetivar mejor nuestra vivencia interior, lo que nos ayudará a descubrir que en el hermano sucede lo mismo, con lo cual estaremos más preparados a captar lo que de verdad él es, la vida que tiene y nos comunica, sin confundirla con esas expresiones desafortunadas que todos tenemos, y si bien manifiestan algo de lo que somos, encubren al mismo tiempo la parte más profunda de nosotros mismos.

## ¿QUE ES LO QUE COMUNICAMOS?

Hoy se experimenta una gran necesidad de comunicación. Pero es precisamente esa "necesidad" la que determina la calidad de la comunicación. Es muy distinto el deseo de comunicar-compartir una experiencia tenida e integrada, que el comunicarse como fruto de la necesidad de ser escuchado, de ser tenido en cuenta, por el miedo a la propia experiencia en la soledad del corazón. En el primer caso somos capaces de ofrecer algo de nosotros mismos desde la gratuidad. En el segundo lo que de verdad nos interesa es la respuesta positiva del otro.

Para comunicarse es necesario dar algo de sí y amar al otro. La expresión airada o hiriente comunica... tan sólo mi tormentoso estado interior, pero no ayuda a crecer en el amor, salvo que sea elaborado por el que escucha desde la mansedumbre, haciendo surgir la paz en el que antes no la tenía.

He visto hermanos que se comunican amargamente. Más que comunicar habría que decir que manifiestan su estado anímico, pues no cuentan lo que de verdad llevan por dentro, ni los demás les escuchan debidamente. He visto hermanos que son impetuosos e incluso duros de carácter, pero de un gran corazón y vida interior. Es curioso cómo la comunidad sabe recibir el mensaje de unos y de otros. Y es que la comunicación es mucho más que la palabra o las formas. Cuando **nos** comunicamos, comunicamos vida.

No nos cuesta comunicar lo que se ve, lo que aparece a los ojos de los demás o es obvio. Esto no nos compromete (trabajo, noticias, etc.). Es el tipo de comunicación que más empleamos. Sin embargo, lo que entra en el ámbito de nuestros sentimientos o experiencias íntimas, ya no lo manifestamos tan fácilmente. Necesita un clima de confianza y cierta amistad, donde uno se sabe acogido por el otro sin más. En todo caso resulta más fácil manifestar sentimientos pasados que lo que nos está sucediendo en la actualidad o los sentimientos relacionados con el hermano que tengo enfrente todo el día. Algunos, muy especialmente entre los jóvenes, desean que ese tipo de comunicación sea más asidua, pero la realidad es que solamente se puede dar si antes se ha creado un clima de unidad y amistad. Entonces ese tipo de comunicación sí aumenta aún más la comunión; en caso contrario se corre el riesgo de acrecentar la incompreensión.

Todos sabemos muy bien que la calidad de comunicación en nuestras comunidades no depende tanto de las muchas reuniones o posibilidad de diálogos cuanto de una vivencia intensa de amor y fidelidad dentro de la comunidad. Cuando esto se da, la comunidad comunica y se comunica sencillamente porque tiene algo que comunicar, tiene vida.

## ¿COMO NOS COMUNICAMOS? DIVERSAS FORMAS DE COMUNICACIÓN EN NUESTRAS COMUNIDADES

Los tipos de comunicación en nuestras comunidades son diversos. Hay una forma de comunicación que se vive y no siempre se alcanza a expresar. Es la comunicación fruto de la comunión auténtica. Me doy al otro y le acojo más allá de cualquier gesto o palabra. Me siento unido a la comunidad y esto transmite vida. Cuando uno traba contacto con una comunidad por primera vez "palpa" algo positivo o negativo que se transmite al exterior y que es fruto del grado de comunión, distinto de la simple camaradería.

Hay otro tipo de comunicación que se realiza por multitud de gestos sin palabras. Este género también se da irremediamente en nuestras comunidades, sea positiva o negativamente, pues no somos solitarios, sino cenobitas. De ahí que incluso el que se aparte de la comunidad o viva un silencio tenso ya está dando un mensaje muy claro de excomunión. Con esos gestos y actitudes comunicamos nuestro mundo interior que no siempre llegamos a conocer ni nosotros mismos.

Existe otro tipo que es el directo, entre dos hermanos, o el de la comunidad en su conjunto. El primero tiene grandes posibilidades, pues se puede cultivar una verdadera amistad. Tanto uno como otro nos descubre nuestra personal calidad humana y espiritual y la experiencia que tenemos del amor de Dios que nos empuja a crecer en la *schola caritatis*. Si esto es así, yo me pregunto ¿por qué en nuestras comunidades cuando hablamos de economía, proyectos, liturgia, trabajos,... o del vecino, nos explayamos con tanta facilidad, y cuando tocamos temas de más calado espiritual nos retraemos respetuosamente? Es cierto que hablar

de nuestros sentimientos da más pudor, pero a veces es también signo de que nuestra vivencia interior no es tan firme. Quizá, como apuntaba antes, se necesite el suficiente clima de confianza que no siempre existe.

También estamos necesitados de un aprendizaje en la comunicación, teniendo muy en cuenta cómo funcionamos a nivel psicológico (propia imagen, sentimientos que el otro me produce, expectativas), pero lo dejo porque se dijo no nos fijáramos en este aspecto.

En general creo que podemos decir que la comunicación de nuestras comunidades es tan diversa como diferentes somos sus componentes. Se da a un nivel superficial, pero también profundo. Mucho depende de la propia experiencia interior y del clima de comunión que exista en la comunidad. Sin duda alguna, el entrar en profundidad espiritual comunitariamente no es muy frecuente, y sin embargo lo debiéramos tener como un reto posible. Es algo en lo que todos debemos trabajar para el propio enriquecimiento de la comunidad.



## UNOS "MEDIOS" AL SERVICIO DE LA ESCUELA DE CARIDAD

*Dom Yvon de Oka*

El filósofo francés Alain invitaba a sus estudiantes a "reflexionar lo más cerca posible de sí mismo..." Es con este espíritu con el que he preferido reflexionar lo más cerca posible de mí mismo, lo más cerca de mi experiencia, lo más cerca posible de la experiencia de mi cuerpo comunitario... No para hacer de esta experiencia un modelo, sino para compartirla y ofrecerla a vuestro propio discernimiento.

Dom Bernardo me pidió desarrollar los "medios" utilizados en la escuela de caridad. Debido a los límites de mi experiencia, me detendré sobre todo en la segunda serie de medios propuestos: la escucha, el diálogo y el discernimiento comunitario. En primer lugar presentaré algunas formas concretas que estos diversos "medios" han adoptado en nuestra comunidad... En un segundo momento compartiré algunas reflexiones más personales...

\* \* \*

Tres formas concretas de nuestra experiencia...

### **Intercambios comunitarios:**

-En diversos momentos durante el año, sin una frecuencia determinada con rigidez, nos reunimos para dialogar sobre un aspecto u otro de nuestra vida comunitaria.

-Nuestra comunidad está dividida en 4 grupos, representativos de todas las edades, y animados por uno de los miembros del Consejo del Abad. Los grupos siempre los forman los mismos hermanos, si es posible, y cada grupo tiene un secretario.

- El primer tiempo de intercambios tiene lugar por grupos. Algunos hermanos que tienen más dificultad para hablar ante toda la comunidad, se sienten así más a gusto para expresar sus puntos de vista.

- La semana siguiente tenemos la sesión plenaria: cada secretario presenta la síntesis de lo que se ha dicho en su grupo o se presenta una síntesis de lo que se ha dicho en todos los grupos. Cada hermano puede completarla, si considera que su punto de vista no está correctamente expresado en la síntesis.

-Tras esta o estas síntesis, prosigue el diálogo entre todos los hermanos; puede haber también uno o dos momentos de diálogo en común.

- Si los miembros del Consejo del Abad son los animadores de estos grupos, es para poder seguir mejor el discernimiento realizado. Pues nada hay más frustrante para una comunidad que los discernimientos que no tienen continuidad. Es importante llegar a la concretización y puesta en práctica de lo que se ha considerado bueno para y por la comunidad, como camino de vida y de crecimiento.

### **Reuniones conjuntas del Consejo del Abad y del Consejo de economía:**

-Debido al hecho de que ciertas cuestiones se harían pesadas y agotadoras si tuvieran que tratarse entre todos los hermanos (tanto más cuanto que en nuestra comunidad varios hermanos tienen problemas de audición), preferimos por tanto tratar estas cuestiones en reuniones conjuntas de los dos Consejos, asegurando así la atención a los valores monásticos y la atención a las implicaciones financieras de algunas decisiones.

- Así, para la realización de las 4 fases de renovación de nuestro monasterio, de 1992 a 1995, y para la simplificación de nuestra estructura material (más de 12 edificios fueron demolidos desde 1991 a 1996), hicimos primero el discernimiento entre los dos Consejos a la vez.

- Las orientaciones que tomaron los dos Consejos fueron presentadas después a todos los hermanos de la comunidad que podían pedir explicaciones y proponer puntos de vista diferentes. Si fuera necesario, se aportan modificaciones a las orientaciones presentadas por los Consejos, y después se hizo la votación a nivel de todo el Capítulo Conventual.

## "Visita interna":

- Cada año consagro un momento a encontrarme con cada hermano de la comunidad. Este encuentro está a menudo orientado a un aspecto u otro de nuestra vida comunitaria (Ej: puntos débiles y fuertes de nuestra vida fraterna, nuestra lectio divina), pero cada hermano puede tratar los temas que prefiera.
- Una ventaja de este encuentro es la de permitir -¡al menos una vez al año!- un encuentro más serio y comprometido entre el abad y cada uno de los hermanos. Es también, por medio de la escucha cercana de cada uno de los hermanos, como se percibe mejor una u otra situación que preocupa a varios hermanos: así, durante la "visita" realizada en 1995, apareció como tema prioritario la reorganización del trabajo en nuestra comunidad.

Creo que a través de estas tres formas concretas de escucha, de diálogo y de discernimiento comunitario, se esconde también una cierta forma de "corrección fraterna", al menos de un modo difuso e indirecto. Pero debo reconocer que en nuestra casa, la "corrección fraterna" más específica es aún objeto de diálogo y de discernimiento... ¡Su puesta en práctica aún es muy tímida!

\* \* \*

Breves reflexiones personales...

- Mucho más que una actividad intelectual, el discernimiento comunitario es un acto de caridad... Supone escucha, respeto y amor de parte de cada hermano... Exige de cada uno apertura, estar abierto a que le cuestionen sus puntos de vista...¿Cómo escuchar sin amar, sin dejar que el interés de su hermano preceda al suyo?
- El discernimiento comunitario exige también oración... Es bueno constatar que nuestras ideas pueden cambiar cuando dedicamos tiempo a orarlas, cuando dedicamos tiempo delante de Dios para dejar que lo secundario ceda el puesto a lo esencial...
- El clima fraterno del discernimiento es más importante que todas las técnicas que podemos tomar de las ciencias humanas...
- Las técnicas podrán servir al espíritu, pero no lo darán...Este espíritu lo recibimos del Evangelio, de la Regla de S. Benito, de la Tradición monástica y del Espíritu que anima nuestro cuerpo comunitario...
- El Espíritu podrá incluso inventar con nosotros caminos inéditos de diálogo y discernimiento, pero las técnicas nunca sabrán inventar el Espíritu!
- El Discernimiento se prepara en la vida fraterna vivida según el capítulo 72 de la Regla de S. Benito. Es en la vida fraterna, vivida día a día, como El se prepara y se da de un modo imperceptible...Es un discernimiento en el corazón de la vida, expresión y búsqueda de una auténtica vida fraterna; expresión y búsqueda de la comunión en Dios y con Dios...
- Este discernimiento se hará en "la verdad de la caridad" y en "la caridad de la verdad", como les gusta recordar a nuestros Padres...Porque la verdad sin la caridad podría destruir, y la caridad sin la verdad podría extraviar...

\* \* \*

A modo de conclusión...

- En su capítulo sobre la llamada de los hermanos a Consejo -lugar y momento privilegiados de escucha, diálogo y discernimiento-, S. Benito afirma: *"Después de haber escuchado a los hermanos, el abad deliberará consigo mismo ("apud se", dice el texto latino) y después hará lo que juzgue más útil"*. S. Benito señala el clima verdadero de libertad que debe presidir todo este proceso: libertad del abad frente a las opiniones de los hermanos y libertad del abad respecto de él mismo: pues él es también un hermano más de la comunidad...
- Aquí mi reflexión desemboca en una confesión. Gracias a las advertencias de mis hermanos, y gracias a las aclaraciones hechas por nuestros dos Visitadores: Dom Etienne y Dom Olivier en febrero pasado, tuve la sorpresa de descubrir que, como abad, yo tenía un hermano de más en

comunidad: el H. Yvon...y que éste no era precisamente al que se podía hacer callar con más facilidad!...Por supuesto el H. Yvon tiene el derecho de hacerse entender como todos los demás hermanos, pero no tiene más derecho que los demás a imponer su punto de vista al abad!...  
- Más allá de las formas que la escucha, el diálogo y el discernimiento pueden adoptar entre nosotros, abad y hermanos, somos conducidos por el Espíritu que nos libera de nuestras cadenas...El es el que nos hará capaces de escuchar y hablar desde la verdad y la caridad, si sabemos antes, personal y comunitariamente, escucharle... El es el que habla y actúa en cada hermano...Es El, el Espíritu, el que construye y anima nuestro cuerpo comunitario por medio de discernimientos fieles a Cristo y a su Evangelio!

